

res de la educación y por una caridad perfecta. El celo y la sinceridad en la fé religiosa : un profundo respeto hacia la persona humana, las prácticas piadosas exaltadas, pero subordinadas á la realidad del sentimiento íntimo, la devoción aconsejada pero no impuesta, una señalada desconfianza de la naturaleza, corregida por impulsos de ternura y templada por el cariño, y sobre todo la abnegación profunda é infatigable de almas cristianas que se entregan por completo y sin reserva á otras, para educarlas y salvarlas : he aquí la disciplina de Port-Royal. Pero donde hay que buscar la superioridad incontestable de los jansenistas es en los métodos de enseñanza y en la dirección de los estudios clásicos. Los maestros de Port-Royal fueron humanistas admirables, no humanistas de la forma como los jesuitas, sino humanistas del entendimiento y en nuestro concepto representan con toda su belleza y toda su fuerza, esa educación intelectual soñada ya por Montaigne que prepara hombres de sano entendimiento y de recta conciencia para las luchas de la vida. Fundaron la enseñanza de las letras clásicas. « Port-Royal, dice un historiador de la pedagogía, M. Burnier, simplifica el estudio sin privarlo por esto de sus provechosas dificultades ; procura hacerlo interesante sin convertirlo en un juego pueril y no confía á la memoria sino aquello que ha sido comprendido antes por la inteligencia... Port-Royal dió al mundo ideas que se han quedado en él para siempre y principios fecundos de los cuales sólo se ha tenido que sacar las consecuencias. »

LECCIÓN VIII

FENELÓN

La educación en el siglo XVII. — Fenelón (1651-1715). — Cómo llegó á ser pedagogo Fenelón. — Análisis del tratado de la *Educación de las jóvenes*. — Crítica de la educación monástica. — Refutación de los prejuicios concernientes á las mujeres. — Buena opinión de la naturaleza humana. — Curiosidad instintiva : lecciones de cosas. — Debilidad del niño. — Instrucciones indirectas. — Es preciso que el gusto lo haga todo. — Las fábulas y las narraciones históricas. — Educación moral y religiosa. — Estudios propios para mujeres. — Educación del duque de Borgoña (1689-1695). — Resultados favorables. — Las *Fábulas*. — Los *Diálogos de los muertos*. — Variedad de los medios disciplinarios. — La instrucción diversificada. — El *Telémaco*. — Fenelón y Bossuet. — Alcance y límites de la educación.

La educación en el siglo XVII. — Además de las congregaciones enseñantes, el siglo XVII tuvo cierto número de pedagogos independientes, de pensadores aislados, que nos transmitieron en sus escritos el resultado de sus reflexiones ó de su experiencia.

La mayor parte de esos pedagogos pertenecen al clero y son preceptores de príncipes : en un estado monárquico no hay negocio mejor que la educación de los príncipes. Otros son filósofos llevados, por el estudio general de la naturaleza humana, á meditar sobre los principios de la educación. Sin pretender abarcarlo todo en el reducido cuadro de esta historia elemental, quisiéramos dar á conocer, ya sea las doctrinas fundamentales, ya los métodos esenciales que concurrieron para la educación del siglo XVII y prepararon á la vez, las reformas pedagógicas de los siglos posteriores.

Fenelón (1651-1715). — Fenelón ocupa un lugar

importante en nuestra literatura; pero de todos los variados aspectos de su genio, su influencia pedagógica parece ser la más importante y considerable. Fenelón escribió la primera obra clásica de nuestra pedagogía y puede decirse, al ver el gran número de autores que se inspiraron en sus ideas, que tratándose de pedagogía fué fundador de escuela.

Cómo llegó Fenelón á ser pedagogo. — Sabido es que el hermoso tratado de *la Educación de las jóvenes* fué compuesto en 1680 á instancias de los duques de Beauvilliers. Los nobles amigos de Fenelón tenían, además de varios varones, ocho hijas á quienes instruir y á fin de ayudar con sus consejos á la educación de esa escuela doméstica, escribió Fenelón su libro, que primitivamente no estaba destinado al público y que no apareció sino hasta 1687. El joven abate que no tenía aún treinta años en 1680, se había ejercitado ya en materia pedagógica, dirigiendo el convento de las *Nuevas Católicas* (1678) institución consagrada á retener en la fé católica á las jóvenes protestantes convertidas y aun á conducir las por fuerza á esa creencia. Confesamos que más hubiera valido, para la gloria de Fenelón, el que hubiese adquirido su experiencia por medios distintos que el de esa misión de fanatismo en que fué auxiliar del brazo secular y el cómplice de las dragonadas, y en que se preparó la revocación del Edicto de Nantes. Preferiríamos que *la Educación de las jóvenes* no hubiera sido meditada en una casa en donde se encerraban por fuerza á hijas arrancadas del regazo de sus madres y á esposas arrebatadas del lado de sus maridos; pero si la fuente primera de la inspiración pedagógica de Fenelón no es tan pura como convendría, nada en el libro revela, por lo menos, el espíritu de intolerancia y de violencia al que se había asociado el autor. *La Educación de las jóvenes* es por el contrario, una obra de dulzura y de bondad, de gracia amable y sonriente, que respira un soplo de progreso.

Fenelón tuvo oportunidad de aplicar sus ideas poco tiempo después de haberlas expuesto en su tratado. El 16 de Agosto de 1689 fué elegido como preceptor del duque de Borgoña, con el duque de Beauvilliers como

director y el abate Fleury como sub-preceptor. De 1689 á 1695 dirigió con éxito asombroso, la educación de un príncipe que « había nacido terrible », según la frase de Saint-Simón y que bajo la influencia penetrante de su maestro, se convirtió en un hombre cumplido, casi en un santo. Para su real discípulo compuso Fenelón sucesivamente, muchas obras escolares: las *Fábulas*, los *Diálogos de los Muertos*, el tratado de *la Existencia de Dios*, sin olvidar el *Telémaco*, uno de los libros más populares de nuestra literatura.

Los acontecimientos favorecieron, pues, admirablemente á Fenelón, proporcionando á su actividad pedagógica la ocasión de ejercitarse; pero puede decirse que su naturaleza lo predestinaba para el papel de educador. Por su alma tierna y paternal hasta en el celibato eclesiástico; por su maravillosa flexibilidad de espíritu; por su profunda erudición, sus conocimientos de la antigüedad y su competencia en los estudios de gramática y de historia, de que son prueba diversos pasajes de su *Carta á la Academia* y por su carácter moderado y sus veleidades de liberalismos en un siglo de monarquía absoluta, Fenelón tenía cuanto se necesitaba para ser uno de los guías, uno de los maestros de la educación en Francia.

Análisis del tratado de la Educación de las jóvenes. — Hay que leer toda la encantadora obra maestra de Fenelón. Un rápido análisis no bastaría; tanto más cuanto que sería en extremo difícil reducir á algunos puntos esenciales el ondulante pensamiento de nuestro autor. Con su facilidad algo blanda y su abundancia algo desordenada, Fenelón se repite á menudo; insiste en ideas que ya se creerían agotadas y no encierra un plan metódico y riguroso su negligente locuacidad. Sin embargo, en los trece capítulos que componen la obra, pueden distinguirse tres partes: en primer lugar una parte crítica (capítulos I y II) en que se tachan vivamente los defectos comunes de la educación de las mujeres; luego, del capítulo III al VIII, observaciones generales y exposición de los principios y de los métodos que hay que seguir y aplicar tanto en la educación de los niños como en la de las jóvenes; y por último, del capítulo IX hasta el final

del libro, todas las reflexiones especiales que se refieren exclusivamente á los defectos y á las cualidades, á los deberes y á los estudios de las mujeres.

Crítica de la educación monástica. — Al principiar el tratado, así como en otro escrito corto que los editores agregan comunmente al libro de *La Educación de las jóvenes* (1), Fenelón se declara partidario de la educación liberal y humana, en que penetre la luz del mundo y que no esté confinada en las sombras de un monasterio :

« Infero que la señorita vuestra hija estará á vuestro lado mejor que en cualquier convento... Si un convento no es regular, en él verá honrada la vanidad, que es el más sutil de los venenos para una joven. Allí oirá hablar del mundo como de una especie de encantamiento y nada produce tan perniciosa impresión como esa imagen falaz del siglo que se mira de lejos con admiración y que exagera todos sus placeres sin mostrar sus penas y amarguras... Por eso me causaría más temor un convento mundano que el mundo mismo. Si por el contrario, un convento está en el fervor y en la regularidad de su instituto, una joven de buena condición crecerá allí en completa ignorancia del siglo... Sale del convento como una persona á quien se hubiera encerrado en las tinieblas de profunda caverna y que se encontrara de pronto en plena luz. Nada tan deslumbrador como esa transición imprevista y ese brillo al que no se estaba acostumbrado..... »

- **Refutación de los prejuicios relativos á la educación de las mujeres.** — Fenelón escribió, pues, su libro para las madres más que para los conventos. La mujer está destinada para desempeñar un gran papel en la vida doméstica. « ¿ Acaso pueden los hombres esperar alguna dulzura de vida para sí mismos, si su sociedad más íntima que es la del matrimonio, se convierte en amargura ? » Déjese, pues, de descuidar la educación de las mujeres, y renúnciese á las preocupaciones con las que se pretende justificar esa negligencia. — La mujer sabia, se dice, es vana y presumida ; pero no se trata de engolfar á las mujeres en estudios inútiles que las convertirían en sabias ridiculas, sino de enseñarles únicamente lo que les

(1) Véase el *Consejo* de M. de Fenelón, arzobispo de Cambrai, á una noble dama, sobre la educación de la señorita su hija.

conviene para sus labores domésticas. — La mujer, se dice también, es más flaca de espíritu que el hombre. Precisamente por eso es necesario fortificar su inteligencia. — La mujer, en fin, debe ser educada en la ignorancia del mundo. Pero, replica Fenelón, el mundo no es un fantasma : « es el conjunto de todas las familias ; » y las mujeres tienen deberes que cumplir en él, deberes que no son mucho menos importantes que los de los hombres. « La virtud vale tanto para los hombres como para las mujeres. »

Buena opinión de la naturaleza humana. — Hay dos categorías de cristianos : unos consideran sobre todo la culpa original y los otros se apegan de preferencia al dogma de la redención. Para los primeros el niño está corrompido por esencia : no tiene inclinaciones más que para el mal y es un ser colérico que es forzoso castigar duramente. Para los segundos, redimido el niño por la gracia, « no tiene todavía inclinación hacia ningún objeto ; » sus instintos no necesitan combatirse y sólo hay que dirigirlos. Fenelón sigue esta última corriente que es la buena. No teme el amor propio ni prohíbe los elogios ; cuenta con la espontaneidad de la naturaleza ; echa de menos la educación de los antiguos que dejaba á los niños más libertad y por último, en su juicio sobre la naturaleza humana, revela un optimismo sonriente y afectuoso y á las veces un exceso de aprobación y de complacencia.

Debilidad del niño. — Fenelón cree en la inocencia del niño ; pero también está convencido de su debilidad. De ahí los cuidados que aconseja á quienes quieren educarlo :

« Lo más útil en los primeros años de la infancia es cuidar la salud del niño y fortificar su sangre por la elección de los alimentos y por un régimen de vida sencilla... También es muy importante dejar que se fortalezcan los miembros no apresurando la instrucción..... »

La debilidad intelectual del niño proviene sobre todo de la impotencia de su atención. El espíritu del niño es « como una bujía encendida en un lugar expuesto al viento y cuya luz vacila constantemente. » De ahí resulta la necesidad urgente de no apresurar

al niño, « de formarle poco á poco y según las ocasiones, » y de servir y ayudar á la naturaleza sin precipitarse.

Curiosidad instintiva : lecciones de cosas. — Si la inatención del niño es un gran obstáculo, su curiosidad natural es, en cambio, una ayuda poderosa. Fenelón sabe el partido que de ella puede obtenerse, y citaremos el notable pasaje en que indica la manera de solicitarla por instrucciones familiares, que son ya verdaderas lecciones de cosas :

« La curiosidad en los niños es una tendencia de la naturaleza que se adelanta á la instrucción : no dejéis de aprovecharla. Ven, por ejemplo, un molino en el campo y quieren saber lo que es ; hay que enseñarles cómo se prepara el alimento con que se nutre el hombre. Ven segadores y debe explicárseles lo que hacen ; cómo se siembra el trigo y cómo se multiplica en la tierra. En la ciudad, ven establecimientos donde se ejercen distintas artes y en donde se venden mercancías diversas. No hay que cansarse nunca de sus preguntas ; pues son sendas que la naturaleza os ofrece para facilitar la instrucción. Dad muestras, por el contrario, de que esas preguntas os agradan y así les enseñaréis insensiblemente cómo se hacen todas las cosas que son útiles para el hombre y sobre las cuales gira el comercio... »

Instrucciones indirectas. — Hasta cuando el niño ha crecido y es más capaz de resistir la instrucción, Fenelón no se aparta de su sistema de miramientos y dulces precauciones. El gran procedimiento pedagógico de Fenelón consiste en que no recurre á lecciones didácticas, sino á *instrucciones indirectas* lo más á menudo posible, y después veremos cómo lo aplicó en la educación del duque de Borgoña. « Mientras menos lecciones en forma puedan darse es mejor. » Hay que ser, además, discreto y prudente en la elección de las primeras ideas, de las primeras imágenes que se imprimen en la mente del niño. « En un receptáculo tan pequeño y tan precioso no deben verterse más que cosas exquisitas. » La ausencia de pedantismo es uno de los caracteres de Fenelón. « Para la retórica, dice, no daré preceptos : basta proporcionar buenos modelos. » Para la gramática « no le dejaré ningún tiempo, ó por lo menos, le daré muy poco. » Es preciso insinuar la instrucción, no imponerla ; y recurrir á lecciones imprevistas que parecen no ser lecciones. En esto, Fenelón se adelanta

á Rousseau y sugiere el sistema de las escenas arregladas de antemano y de los artificios instructivos, análogos á las invenciones del *Emilio*.

Todo debe hacerlo el gusto. — Una de las mejores cualidades pedagógicas de Fenelón es la de querer que el estudio sea agradable ; pero esta cualidad la convierte en defecto porque abusa de la instrucción atractiva. No podemos menos de aplaudirle cuando critica la dura y áspera pedagogía de la Edad Media y cuando nos describe esas clases fastidiosas y tristes en que se habla constantemente al niño de palabras y cosas que no entiende : « Ninguna libertad, dice, ninguna alegría ; siempre lección, silencio, postura incómoda, corrección y amenazas. » Nada más justo, pues, que la reflexión siguiente : « En las educaciones ordinarias se deja todo el placer de un lado, y del otro todo el fastidio : todo el tedio en el estudio, todo el gusto en las diversiones. » Fenelón quiere cambiar esto por completo. Tanto para el estudio como para la disciplina moral, « es necesario, dice, que el gusto lo haga todo. »

En cuanto al estudio, búsquense los medios de que sea agradable para los niños lo que exigimos de ellos. « Hay que señalarles siempre un fin sólido y agradable que los aliente en el trabajo. » — « Ocultadles el estudio bajo la apariencia de la libertad y del placer. » — « Dejad que su vista se solace un poco y que se ensanche su espíritu. » — « Mézclese la instrucción con el juego. » — « He visto, dice también, muchos niños que han aprendido á leer jugando. »

Para dirigir su voluntad así como para estimular su espíritu, no los sujetéis nunca á una autoridad absoluta y seca. No los canséis con una exactitud indiscreta. No les enseñéis la sabiduría sino por intervalos y con rostro risueño. Conducidlos hasta donde sea posible, con la razón. Nunca toméis, cuando no fuera completamente necesario, un tono austero é imperioso que les haga temblar.

« Cerraríais su corazón y les quitaríais la confianza, sin la cual no puede esperarse de la educación ningún fruto. Haced que os amen ; que se sientan en libertad á vuestro lado y que no teman dejaros ver sus defectos. »

Tal es intelectual y moralmente la amable disciplina soñada por Fenelón. Cierta es que la imaginación de nuestro autor lo lleva algo lejos y lo extravía. Fenelón lo vé todo hermoso y en la educación, tal como se la figura este pedagogo demasiado fácil, no hay ninguna dificultad, ninguna espina, nada laborioso :

« Todos los metales son oro
y todas las flores, rosas. »

Casi no se le pide al niño que haga esfuerzos : no se le obligará á repetir la lección que ha oído « por temor de incomodarlo. » Es preciso que lo aprenda todo jugando y si tiene defectos, no se debe decirselos sino con precaución « por temor de afligirlo. » Fenelón es decididamente demasiado complaciente, demasiado zalamero. Por desechar todo lo que es chocante, llega al grado de excluir todo lo que es laborioso y cae en una candidez pueril cuando pide que los libros de su discípulo estén « bien encuadernados, dorados en los cantos y que tengan bonitas estampas. »

Las fábulas y la historia. — La pronunciada afición de Fenelón á los estudios agradables lo conduce á poner en primer término, entre las ocupaciones intelectuales del niño, las fábulas y la historia, porque las narraciones gustan sobre todo á la imaginación infantil. Quiere que se consagre especial cuidado á la historia santa, escogiendo siempre « lo que produce imágenes más risueñas y magníficas. » Exige con razón que el maestro « anime su relato con tonos vivos y familiares y que haga hablar á todos sus personajes. » Así se conseguirá retener la atención de los niños sin constreñirla : « porque lo repito, dice, es preciso cuidarse de no convertir en obligación el escuchar y recordar esas historias..... »

La educación moral y religiosa. — Opuestamente á lo que más tarde ha de pensar Rousseau, Fenelón pide que desde temprano se presenten á los niños las verdades morales y religiosas y esto bajo formas sensibles y con imágenes obtenidas de la experiencia. No debe temerse el hablarles de Dios pintándole como venerable anciano de barba blanca, etc.

Cuanto pueda haber de supersticioso en esas concepciones, apropiadas á la imaginación infantil, se corregirá más tarde por la razón. Observemos además que Fenelón no quiere la religión desmedida. Teme todas las exageraciones, aun la de la piedad ; lo que exige es la devoción mesurada y un cristianismo razonable y desconfía de los falsos milagros. « Acostúmbrese á las jóvenes, dice, á que no admitan ligeramente ciertas historias desautorizadas y á no apegarse á ciertas devociones introducidas por un celo indiscreto ». Pero Fenelón, añaso sin querer, prepara él mismo el camino hacia la superstición que combate, cuando para hacer entrar en el espíritu del niño los primeros principios religiosos, le presenta á Dios bajo formas sensibles y le habla de un paraíso en donde todo es oro y pedrerías.

Estudios propios para mujeres. — Hasta aquí sólo hemos notado en la obra de Fenelón preceptos generales que pueden aplicarse tanto á los varones como á las hembras, pero en la última parte de su libro, Fenelón trata especialmente de los trabajos particulares de mujeres, de las cualidades que les convienen, de sus deberes y del género de instrucción que necesitan para cumplirlos.

Nadie conoció tanto como Fenelón los defectos que engendra la ignorancia en la mujer : el fastidio, la ociosidad, la impotencia para dedicarse á los trabajos serios, la frivolidad, la molice, la imaginación vagabunda, la curiosidad indiscreta que se consagra á los asuntos baladies, la ligereza y la charlataneria, la languidez romancesca y lo que es admirable en un amigo de madama Guyón, la manía teológica : « Á menudo las mujeres se ocupan demasiado en discutir sobre religión. »

¿ Qué propone Fenelón para conjurar esas tendencias? Fuerza es confesar que la instrucción cuyo plan combina, deja todavía que desear y no corresponde al ideal que ahora concebimos.

« Retened á las jóvenes, dice, en los límites comunes y enseñadles que para su sexo debe haber un pudor por la ciencia casi tan delicado como el que inspira el horror al vicio. »

¿Acaso no equivale esto á declarar que la ciencia no se hizo para las mujeres y que repugna á su naturaleza delicada?

Cuando nos dice Fenelón que la joven debe aprender á leer y á escribir correctamente (y obsérvese que no se trata más que de jóvenes de la nobleza ó de la burguesía acomodada); cuando agrega : *que aprenda también la gramática*, puede juzgarse, por la puerilidad de esas prescripciones, que Fenelón no exige gran cosa de la mujer en materia de ciencia; y sin embargo, tal como es, ese programa de estudios se adelantaba en la época de Fenelón á los usos aceptados y constituía un verdadero progreso. Pedir á las mujeres que conocieran cuanto se necesita que sepan para educar á sus hijos, era sentar un principio excelente cuyas consecuencias hubieran debido analizarse mejor. También hay que elogiar á Fenelón por haber recomendado á las jóvenes la lectura de los autores profanos. Él, que se había nutrido de ellos, que no era, por decirlo así, más que un griego convertido en cristiano, que poseía á Homero bastante á fondo para escribir el *Telémaco*, no podía sin retractarse, desaconsejar estudios que tanto placer y provecho le habían causado. Asimismo reconoce la utilidad de la historia antigua ó moderna y admite la poesía y la elocuencia á condición de que se quite de ellas lo que pudiera ser peligroso para la pureza de las costumbres. Lo que se comprende menos es que condena, tan severamente como lo hace, la música, que da lugar « á diversiones corrompidas. »

Pero estos defectos, esta desconfianza de una cultura intelectual demasiado elevada no debe impedirnos el que admiremos la *Educación de las jóvenes*. Agradecemos á Fenelón el que haya resistido en parte á las preocupaciones de una época en que la joven estaba consagrada por su sexo á una ignorancia casi absoluta; el que haya declarado que quería seguir la senda contraria « á la del temor y de la cultura superficial de los espíritus », y el que haya, en fin, escrito un libro del que ni aun Madama de Maintenon recogió todas las inspiraciones liberales y del cual puede decirse que cuanto encierra

es excelente y que no es defectuoso sino por lo que en él falta.

Madama de Lambert (1647-1733). — Como educador de mujeres, Fenelón formó escuela. Desde Rollin hasta Madama de Genlis ; cuántos pedagogos se inspiraron en él ! Pero entre sus alumnos, hay que contar en primer término á Madama de Lambert que en sus *Consejos á su hijo* (1701) y sobre todo en sus *Consejos á su hija* (1728) siguió la tradición de Fenelón con más largueza y libertad de espíritu. « Tan discreta como él respecto de las obras de imaginación cuya lectura teme por las ideas falsas que puede comunicar al espíritu » ; aun más rigurosa que él tratándose de Racine cuyo nombre evita pronunciar, y dispuesta á prohibir á su hija « el teatro, las representaciones pasionales, la música y la poesía, que no son más que agentes de la voluptuosidad, Madama de Lambert, en lo demás, se adelanta á su maestro. » (M. Gréard.) Censura á Molière el que haya confinado á las mujeres en la ociosidad, el juego y el placer. Gústale la historia, sobre todo la de Francia « que no debe ignorarse » y por último, sin pormenorizar sus reivindicaciones, aboga enérgicamente por la causa de la instrucción de las mujeres : pertenece ya al siglo XVIII.

Educación del duque de Borgoña. — Por una coincidencia singular, Fenelón no aplicó sus ideas pedagógicas sino después de haberlas expuesto en un tratado teórico. La educación del duque de Borgoña le permitió poner á prueba las reglas establecidas en la *Educación de las jóvenes*, y nada tan interesante para el historiador de la pedagogía como el estudio de esa educación de un príncipe, á la que Fenelón se consagró por completo y que por sus resultados brillantes á la vez que insuficientes, descubre las cualidades y los defectos de su pedagogía.

Buenos resultados. — El duque de Borgoña, por su clara inteligencia y también por su carácter fogoso, indócil y apasionado, era el discípulo que convenia al pedagogo de las *instrucciones indirectas*. Hubiera sido imprudente adoctrinar un espíritu tan impetuoso por medio de fastidiosas lecciones didácticas, y á fuerza de sagacidad y de industria consiguió Fenelón

cautivar la atención del príncipe é insinuarle hábilmente conocimientos que tal vez habría rechazado si se le hubiesen presentado bajo forma doctoral y pedantesca. « Nunca vi niño, dice Fenelón, que tan pronto entendiera las cosas más delicadas de la poesía y de la elocuencia. » Sin duda la naturaleza privilegiada del príncipe contribuyó en gran parte para obtener esos resultados, pero también influyó en ellos el arte de Fenelón.

Lecciones morales : las Fábulas. — ¿Cómo enseñar la moral á un niño violento y apasionado? Fenelón no pensó en dirigirle sermones y le presentó bajo forma de *Fábulas* los preceptos morales que quería inculcarle. Las *Fábulas* de Fenelón no tienen todas, es cierto, gran valor literario; pero para apreciarlas debidamente es preciso tener en cuenta que su mérito estaba sobre todo en su oportunidad. Compuestas al día, adaptábanse á las circunstancias de la vida del príncipe; estaban llenas de alusiones á sus defectos y sus cualidades y dábanle en el momento favorable y bajo el velo de agradable ficción, el elogio ó la censura que merecía: « Se podría, dice el cardenal de Bausset, seguir la cronología de la composición de esas obras, comparándolas con el progreso que la edad y la instrucción debían producir en la educación del príncipe. » Los apólogos, aun con sus moralejas muy generales, tendrán siempre su valor y su alcance en la educación de los niños: ¿qué decir, pues, de fábulas cuya moraleja enteramente particular se dirigía sólo al discípulo que las inspiraba, sea por algún defecto que dejaba translucir, sea por alguna virtud naciente que se manifestaba en su conducta? Así es cómo la fábula del *Caprichoso* presentaba al joven duque el cuadro de sus arrebatos y le enseñaba á corregirse, y la de la *Abeja y la Mosca* le recordaba que sin la moderación no sirven de nada las cualidades más brillantes. Un día, en un acceso de cólera, el príncipe se exaltó hasta decir á Fenelón que lo regañaba: « No, no, señor. Sé quién soy yo y quién sois vos. » Al día siguiente, sin duda para contestar á esa fatuidad de príncipe, Fenelón le dió á leer la fábula titulada: *Baco y el Fauno*: « No pudiendo

Baco sufrir á cierto burlón dispuesto siempre á mofarse de sus expresiones si éstas no eran puras y elegantes, le dijo con tono altanero: « ¿Cómo te atreves á burlarte del hijo de Júpiter? » A lo que el Fauno respondió sin desconcertarse: « ¡Eh! ¿Y por qué se atreve el hijo de Júpiter á cometer alguna falta? »

Ciertas fábulas más elevadas que las demás no sólo tienden á corregir los defectos de la infancia, sino que preparan al príncipe para el ejercicio del gobierno. La fábula de las *Abejas*, por ejemplo, le descubría las bellezas de un Estado laborioso en el que reina el orden; la del *Nilo y el Ganges* le enseñaba el amor al pueblo, « la compasión para la humanidad doliente. » En fin, de cada una de esas fábulas desprendíase una lección seria y al leerlas el príncipe sintió más de una vez un estremecimiento de placer ó de vergüenza, ya fuera que se reconociese á sí propio en el elogio ó en el reproche dirigido á los personajes imaginarios de las *Fábulas*.

Lecciones de historia : Diálogos de los muertos. — No sólo en la educación moral recurrió Fenelón al artificio sino también en la educación intelectual. El ingenioso preceptor empleó todas las formas de la ficción para envolver y dominar mejor el espíritu de su alumno: las fábulas para la enseñanza de la moral, los diálogos para el estudio de la historia y la epopeya, en fin, en el *Telemaco* para la educación política del heredero de la corona de Francia.

Los *Diálogos de los muertos* ponen en escena nombres de todos países y de todas condiciones: Carlos Quinto y un monje de San Yuste, Aristóteles y Descartes, Leonardo de Vinci y Poussin, César y Alejandro. La historia propiamente dicha, la literatura, la filosofía y las artes eran el tema de esas conversaciones, compuestas, como las *Fábulas*, según los adelantos y las necesidades del duque de Borgoña. Eran cuadros atractivos que de cuando en cuando venían á mezclarse con los del estudio didáctico de la historia universal. No hay que tomarlos sino por lo que quieren ser: por el ameno complemento de una enseñanza regular y continuada. Fenelón sabía mejor

que nadie, que la historia es interesante por sí misma y que basta, para que se estudie con gusto, presentarla con claridad, con brillo y con calor á las imaginaciones infantiles.

Variedad de los medios disciplinarios. — Con la educación del duque de Borgoña pusieron en práctica los principios de Fenelón acerca de la necesidad de emplear, no una autoridad que ordena secamente, sino una dulzura que se insinúa. No hay en ellos lecciones ni sermones, sino medios indirectos de instrucción moral. El duque de Borgoña era irascible, y en lugar de leerle el tratado de Séneca *sobre la cólera*, he aquí lo que imaginaba Fenelón: Una mañana hizo que fuera á sus habitaciones un carpintero aleccionado de antemano. Pasa el príncipe, se detiene y examina los instrumentos. « Seguid vuestro camino, Monseñor, exclama el obrero que se yergue con aire amenazador, porque no respondo de mí; cuando estoy colérico rompo brazos y piernas á cuantos encuentro! » Ya se adivina el final de la historia y cómo pudo Fenelón, por ese método experimental, enseñar al príncipe que desconfiara de la cólera y de sus efectos.

Cuando los medios indirectos no bastaban, Fenelón empleaba otros; hacía llamamientos frecuentes al amor propio de su discípulo y le daba á entender todo lo que debía á su nombre y á las esperanzas de Francia. Haciale también firmar obligaciones de portarse bien: « Prometo bajo palabra de príncipe al Sr. Abate de Fenelón obedecerle siempre y si falto á mi promesa me someto á toda clase de castigos y de deshonor. Dado en Versalles, el 29 de Noviembre de 1689. Firmado: Luis. » Otras veces, dirigíase Fenelón á sus sentimientos y le dominaba por la bondad y la ternura. Esos eran los momentos de efusión en que el príncipe le decía: « Dejo detrás de la puerta al duque de Borgoña y ya no soy para vos más que el pequeño Luis. » Otras veces, en fin, Fenelón recurría á los más duros castigos: lo secuestraba, le quitaba sus libros y le prohibía toda conversación.

La instrucción diversificada. — Ya solemne y tierno, ya dulce y severo en su disciplina moral,

Fenelón no era menos variado en sus procedimientos de instrucción. Su preocupación dominante era la de *diversificar* los estudios: suya es la expresión. Si algún tema de estudio disgustaba á su discípulo, pasaba á otro; pero aunque el buen éxito de su profesorado parece haberle dado razón, permitido es pensar que, como regla general, el precepto de Fenelón es discutible y que no se debería, siguiendo su ejemplo, abusar de la distracción, de la diversidad agradable. Fenelón puerilizó demasiado los estudios queriéndolos hacer amenos.

Resultados de la educación del duque de Borgoña. — Parece paradoja decir que Fenelón tuvo demasiado éxito en su apostolado pedagógico, y sin embargo es la verdad. Bajo su mano, « la mano más hábil que hubo nunca, » dice Saint-Simón, el príncipe se convirtió en imagen de su maestro: devoto hasta el grado de no querer asistir á un baile real, porque esa fiesta mundana coincidía con la fiesta religiosa de la Epifanía; más bien monje que rey; desprovisto de todo espíritu de iniciativa y libertad; irresoluto, embargado en sus piadosas lecturas y en sus oraciones místicas; otro Telémaco, en fin, que no podía estar sin su Mentor, Fenelón había absorbido la voluntad de su discípulo, olvidando que el objeto de la educación es el de formar, no una pálida copia, una imagen del maestro, sino un hombre independiente y libre, capaz de bastarse á sí mismo.

El Telémaco. — Compuesto de 1694 á 1698, el *Telémaco* estaba destinado al duque de Borgoña; pero éste no debía leerlo y no lo leyó, en efecto, sino después de su matrimonio. Con esa epopeya en prosa, con esa novela imitada de Homero, Fenelón pretendía continuar la educación moral de su alumno; pero en esta obra abundan los sermones.

« Desearía, dice Boileau, que M. de Cambrai hubiera hecho su Mentor menos predicador y que la moral estuviera esparcida en su obra más imperceptiblemente y con más arte. » A lo menos, son hermosos y buenos sermones, dirigidos contra el lujo, contra el espíritu de conquista, contra las consecuencias del poder absoluto y contra la ambición y la guerra.

Luis XIV había leído probablemente el *Telémaco* y comprendido las alusiones que se ocultaban en la descripción de la República de Salento, cuando decía de Fenelón que era « el espíritu más quimérico de su reino. » Además de las lecciones morales consagradas á los príncipes, el *Telémaco*, en efecto, contiene atrevidas ideas de política como, por ejemplo, la de una instrucción pública, muy moderna para su época :

« Los niños pertenecen antes á la República que á sus padres y deben ser educados por el Estado. Hay que establecer escuelas públicas en donde se enseñe el temor de Dios, el amor á la patria, el respeto á las leyes. »

Bossuet y Fenelón. — Mucho faltó para que Bossuet, como preceptor del Delfín, tuviera el mismo éxito que Fenelón. Sin embargo, de nada careció la educación del hijo de Luis XIV y su *Carta al Papa Inocente XI* (1679) en donde Bossuet expone su reglamento de estudios, da pruebas de elevadas aptitudes pedagógicas. Un trabajo asiduo, la ausencia absoluta de asueto, el juego mezclado con el estudio : « Es preciso que un niño juegue, que se regocije ; » la emulación excitada por la presencia de otros niños que iban á concurrir con el príncipe ; una lectura profundizada de los autores latinos, explicados no por fragmentos, como lo hacían los jesuitas, sino en su texto íntegro ; cierta largueza de espíritu, puesto que el estudio de los cómicos latinos y en particular de Terencio, estaba recomendado expresamente ; el comercio familiar con los griegos y los latinos, « sobre todo con el divino Homero » ; la gramática aprendida en francés ; la historia « maestra de la vida humana » estudiada con tésón y expuesta primero en sus hechos particulares, en lecciones que el Delfín redactaba, y luego en sus leyes generales cuyo espíritu nos ha transmitido el *Discurso sobre la historia universal* ; la geografía aprendida « jugando y como si se hiciera un viaje » ; la filosofía y las ciencias, en fin, enseñadas elocuentemente : con tal programa y tal maestro, parecería que el Delfín hubiera debido ser un alumno selecto y sin embargo no pasó de ser un discípulo mediano,

« absorbido, según la frase de Saint-Simón, en su grasa y en sus tinieblas. »

Forzoso es reconocer que á pesar de sus excelentes intenciones, Bossuet fué responsable en parte de la insuficiencia, ó mejor dicho, de la nulidad de esos resultados. No supo « condescender, como dice Montaigne, con la conducta pueril de su discípulo », y lo tomó desde muy alto. « El genio austero de Bossuet, dice M. Henri Martin, no sabía ser pequeño con los pequeños. » Bossuet carecía de flexibilidad y de blandura, cualidades que caracterizan precisamente á Fenelón. Bossuet, en pedagogía como en todo, es la grandeza, el tono noble y sublime : Fenelón, como preceptor, es la destreza, la gracia insinuante. Lo que domina en uno es la autoridad, la majestad algo fría ; lo que forma el atractivo del otro, es la habilidad, la dulzura persuasiva y la ternura penetrante.

Es preciso, sin embargo, agregar que no tuvo toda la culpa Bossuet, pues en esa educación fallida el gran culpable fué el discípulo con su naturaleza ingrata y rebelde. « Monseñor tiene mucho espíritu, decía un cortesano ; pero tiene el *espíritu escondido*. » Para quien no es cortesano, tener el espíritu escondido ó no tenerlo ; no viene á reducirse á lo mismo ?

Alcances y límites de la educación. — No parece sino que en una página de la *Educación de las jóvenes* Fenelón trazó de antemano y por una especie de adivinación el paralelo entre las dos educaciones del Delfín y del duque de Borgoña. ¿ Cómo no reconocer el retrato anticipado del futuro discípulo de Fenelón en el siguiente pasaje escrito desde 1680 ?

« Preciso es confesar que de todas las fatigas de la educación ninguna es comparable con la de instruir á niños que carecen de sensibilidad. Las naturalezas vivas y sensibles son capaces de terribles extravíos ; las arrastran las pasiones y la presunción ; pero, en cambio, tienen grandes recursos y á menudo vuelven desde muy lejos : la instrucción es en ellos un germen oculto que crece y fructifica algunas veces, cuando la experiencia presta ayuda á la ciencia y se amortiguan las pasiones. Por lo menos, se sabe cómo puede conseguirse su atención y despertar su curiosidad y se tiene con qué interesarles y picarles el amor propio, en tanto que es imposible el obtener algo de naturalezas indolentes. »

Por otra parte, todo lo que sigue se aplica admirablemente al Delfín, al indócil discípulo de Bossuet.

«... Todos los pensamientos de éstos son las distracciones; nunca están donde debieran; ni aun con las correcciones se puede conmovellos; lo escuchan todo y no sienten nada. Esta indolencia convierte al niño en negligente y le obliga á repugnar cuanto hace. Entonces es cuando la mejor educación corre peligro de fracasar... Muchas gentes, que apenas profundizan las cosas, deducen de ese mal resultado que la naturaleza es la que todo lo hace para formar hombres de valer y que la educación es inútil; cuando sólo debería inferirse que hay naturalezas semejantes á las tierras ingratas en las que produce poco el cultivo (1).

No es posible hablar con más acierto, y Fenelón resumió admirablemente la enseñanza que debe sacarse de las dos grandes educaciones de príncipes en el siglo XVII. Si los exigüos resultados de los esfuerzos de Bossuet deben inspirar alguna modestia al educador y probarle que en un suelo ingrato no germina el mejor grano, la brillante educación del duque de Borgoña, que desarrolló casi todas las virtudes de un alma en que la naturaleza parecía haber puesto los gérmenes de todos los vicios; no viene acaso á devolver la confianza á los pedagogos y á mostrarles cuánto puede el arte de un maestro insinuante y hábil?

(1) *Educación de las jóvenes.*

LECCIÓN IX

FILÓSOFOS DEL SIGLO XVII. DESCARTES, MALEBRANCHE,
LOCKE

Descartes, Malebranche, Locke. — Descartes (1596-1650). — *El Discurso del Método*. — Crítica de la educación ordinaria. — Grandes principios de la pedagogía moderna. — Pedagogía objetiva y subjetiva. — Malebranche (1630-1715). — La instrucción sensible, condenada. — Influencia del medio material. — Locke (1632-1704). — *Pensamientos sobre la educación*, (1693). — Educación física: principio del endurecimiento. — Paradojas higiénicas. — Educación moral más importante que la instrucción. — El honor como principio de disciplina moral. — Condenación de los castigos corporales. — Educación intelectual. — Estudios utilitarios. — Programa de estudios. — Estudios atractivos. — ¿Debe aprenderse un oficio? — Casas de trabajo. — Locke y Rousseau.

Descartes, Malebranche, Locke. — Un espiritualista, Descartes; un idealista, Malebranche, y un sensualista, Locke: tales son los filósofos del siglo XVII que tienen conexión con la historia de la pedagogía, y aun los dos primeros no le pertenecen sino de lejos por haber expuesto algunos principios generales. Locke fué el único que entró de lleno en las cuestiones de educación, en un tratado especial, que se convirtió en un libro clásico de la pedagogía inglesa.

Descartes (1596-1650). — Descartes, el padre de la filosofía moderna, no figura generalmente en los cuadros formados por los historiadores de la pedagogía, y sin embargo, en nuestro juicio, no hubo pensador que ejerciera influencia más decisiva en los destinos de la educación. El autor del *Discurso del método* no tiene, propiamente hablando, sistema pedagógico, y nunca trató directamente asuntos de educa-